

portantes, porque los jefes se servían de ellos como de una poderosa enseña que jamás desatendían los neófitos en el combate; pero aparte de esto, ejercían sobre ellos un ascendiente que mas adelante debía producir copiosos frutos. Mientras que en el centro del Canadá fundaban una colonia que nada tenía que envidiar á las del Paraguay, el P. Dreuillete aclimatava entre los Abenakis, tribu situada á la orilla derecha del rio San Lorenzo, la semilla del cristianismo, y los PP. Pierson, Richard y Morain obtenían el mismo resultado en el de San Juan. En el mes de junio de 1676 fundó Jacobo Vaultier definitivamente las cristiandades que inauguraron sus colegas Bigot, Gassot, Aubry, Auverjot, de la Chasse y Sebastian Rasle en ambas riberas; siendo creadas por este medio varias reducciones en lo interior de los bosques, porque, para conservar el germen católico, era indispensable poner á cubierto de las hostilidades á los ancianos, mujeres y niños. Es verdad que los Abenakis, mas inmediatos á Boston que á Quebec, se hallaban interesados en enlazar algunas relaciones comerciales con los ingleses; pero deseando ante todo conservar intacto el depósito de la fe, rechazaron como una mala idea todo paso que tendiese á unirlos con los enemigos de la Iglesia y la Francia. Los ingleses imputaban á los Jesuitas esta aversión; y recayendo principalmente su odio en el P. Balle, á quien aborrecían mas que á otro alguno, lanzáronse de repente en 23 de agosto de 1724 sobre la colonia de Narantsoak, donde á la sazón residía el Jesuita: este, sabedor de que los ingleses solo aspiraban á vengarse en su sangre, ofrécese á sus enemigos á fin de preservar de su furor á los neófitos, y perece entre tormentos. Semejante atentado, capaz de exasperar á los hombres mas civilizados del mundo, irritó de tal manera á los Abenakis, todavía medio salvajes, que no escuchando en su corazón otro grito que el de la venganza, llevaron pocas horas después á las habitaciones inglesas el incendio y la devastacion. Largos y venturosos dias vieron transcurrirse estos indigenas en los inocentes júbilos de la Iglesia primitiva, sin que, bajo el cayado del misionero, les fuese dado conocer el imperio de las pasiones ó la necesidad; y cuando en 1756 trató el marqués de Montcalm de hacer frente al ejército de lord Lóndon y combatir á los generales Wolf y Abercromby, todavía encontró en la vanguardia á los neófitos, cuyo valor era estimulado por el P. Carlos Germain.

Sometidos el alto y bajo Canadá al benéfico ascendiente de los hijos de Loyola, hicieron de ellos una comarca feliz por la pureza de sus costumbres, y por un encanto de inocencia que fue siempre el asombro de los jefes militares de la colonia. Fijos en la idea de aclimatar la virtud en estos pueblos, viajeros por gusto y por necesidad, condenábanse los misioneros á eternas correrías, á todas las penalidades de una vida nómada, y á todas las intemperies del clima, ya precediendo, ya acompañando el estandarte de la Francia. En tanto que los franceses, con Iberville al frente, tomaban posesion de las regiones situadas hácia la embocadura del Mississipi, fundando en ellas una factoría y un fuerte, los Jesuitas se apoderaban de las almas revelándolas los misterios de la Cruz; y mientras que el P. Pablo del Rhu elevaba un calvario en las orillas del mencionado rio, echando en seguida los cimientos de una colonia en la Luisiana baja, acudian los PP. José de Limoges, Marquette, Dongé y otros á compartir sus afanes. La confianza que los salvajes dispensaban á los misioneros venia á ser un objeto eterno de odio para los directores de la Compañía comercial de las Indias occidentales, que no tardaron en obligarles á abandonar sus residencias del Mississipi. Así transcurrieron algunos años, causando á los naturales un vivo pesar la prolongada ausencia de los *Ropas negras*, hasta que habiendo penetrado el Padre Vitré en Nueva-Orleans, hácia el de 1723, en compañía de una colonia de Jesuitas, dirigida por Beaubois, Ville y Le Petit, fertilizó con su sangre esta comarca. El P. du Poisson, que acababa de aclimatar el Evangelio entre los Akansas, dirigese en 28 de noviembre de 1729 al país de los Natchez; y apenas habia logrado poner el pié en este suelo, cayó su cabeza al filo del sable de uno de los jefes de esta tribu. El 11 de diciembre del mismo año, el P. Souel, que habia reprendido á otros muchos sus crímenes y excesos, pereció en sus manos en un dia de tumulto.

Los Jesuitas acompañaban á los catecúmenos en sus guerras; constituíanse prisioneros para escoltar á los vencidos en su cautiverio, y participaban de sus hogueras á fin de ayudarles á bien morir. En 1736 fue quemado el P. Sénat por los Chichacas, por no haber querido desistir de exhortar á una buena muerte á las víctimas que el fuego iba á devorar. Empero regada la Luisiana con la sangre de los misioneros, no tardó en abrazar el Evangelio. Los Jesuitas extendieron hasta el Ohio sus pacíficas conquistas.

tas, y amalgamando paulatinamente á estas tribus errantes al yugo de la familia y de las leyes, consiguieron transformar en hombres á los que habian encontrado salvajes.

Terribles y gloriosas revoluciones han venido después á dar complemento á su obra. La Inglaterra por un lado, y los Estados- Unidos de América por otro, han cambiado totalmente la faz de aquel país. Pero, si ya no existian los hijos de Ignacio para luchar con armas iguales contra las diversas sectas que invadían el Canadá; si el catolicismo se habia extinguido en los corazones; si la guerra, la libertad, la ausencia de los misioneros, y la acción de los Presbiterianos, Cuákeros y Anabaptistas habian destruido la mayor parte de estas cristiandades; todavía en el fondo de las tribus, cuya fe heroica no habia podido alterar el contacto con los herejes, sobrevivió por mucho tiempo el recuerdo de los *Ropas negras*; todavía los viajeros de todos los cultos y países justifican esta gratitud; todavía, como lo comprueban las actas oficiales, los Ottawas, á quienes emanciparon los Jesuitas en el siglo XVII, vienen, ciento cincuenta años después, á pedirselos al presidente de la Union americana. Hé aquí la carta que, por medio de su jefe Pinesinidjigo, el *ave negra*¹, escribieron en 1823:

¹ En el mismo año otras varias tribus expresaban todavía mucho mejor esta petición, y el presidente de los Estados- Unidos recibia el despacho siguiente:
« Nosotros los abajo firmados, capitan, jefes de familia y otros de la tribu de los Ottawas, residentes en el Árbol Torcido, sobre la orilla oriental del lago Michigan, nos valemus de este medio para comunicar á nuestro padre, el presidente de los Estados- Unidos, nuestras exigencias y necesidades. Después de dar las gracias á nuestro padre y á todo el Congreso por los esfuerzos que han hecho para conducirnos á la civilizacion y al conocimiento de Jesús, Redentor de blancos y negros, confiando en su bondad paternal, reclamamos la libertad de conciencia, y suplicamos se nos otorgue un maestro ó ministro del Evangelio, que pertenezca á la misma Sociedad cuyos miembros eran los de la Compañía católica de san Ignacio, establecida anteriormente en Michimakinac, en el Árbol Torcido, por el P. Marquette y demás misioneros de la Orden de los Jesuitas. Estos Padres habitaron entre nosotros durante muchos años, y cultivaron un campo en nuestro territorio para enseñarnos los principios de agricultura y del cristianismo.

« Desde entonces hemos deseado incesantemente ver entre nosotros semejantes ministros, y si os dignais concedérmolos, los invitarémos á que vengan á establecerse en el mismo terreno antiguamente ocupado por el Padre Du Janoy, á orillas del lago Michigan, inmediato á nuestra poblacion, en el Árbol Torcido.

« Si os dignais acoger favorablemente esta humilde solicitud de vuestros fe-

« Esta es, Padre mio, la ocasion en que deseo me escuches á mí y á todos los hijos de esta comarca lejana, pues todos tendemos los brazos para estrecharte la mano. Nosotros los jefes, padres de familia y demás individuos de la tribu de los Ottawas, residentes en el Árbol Torcido, te rogamos encarecidamente y te suplicamos á tí, nuestro respetable Padre, que nos proporciones un *Ropa negra* como los que instruyen á los indios en las inmediaciones de Montreal.

« Ten caridad, Padre nuestro, con estos tus hijos; escúchalos sin dilacion. Nosotros deseamos ser instruidos en los mismos principios de religion que profesaban nuestros antepasados cuando existia la mision de san Ignacio.

« Á tí, que eres el primero y principal jefe de los Estados- Unidos, nos dirigimos en esta ocasion, suplicándote nos ayudes á erigir una iglesia.

« Á mas de que nosotros cederémos tierras de cultivo á ese ministro del Gran Espíritu que te dignarás enviar para que nos instruya á nosotros y á nuestros hijos, nos esforzaremos á complacerle y á seguir sus consejos, reputándonos en extremo afortunados si tienes á bien enviarnos un hombre de Dios, de la religion católica, y de la misma familia que los que instruyeron á nuestros padres. Tal es el deseo de tus apasionados hijos, quienes abrigan la esperanza de que tú, que eres su padre, tendrás la bondad de escucharlos. Hé aquí, pues, todo lo que tus hijos exigen de tí.

« Y todos ellos, Padre, te presentan la mano y estrechan la tuya con toda la efusion de que su alma es capaz. — *Firmado*: MAGATI « PINESINIDJIGO. »

Una nueva forma de gobierno ha producido por necesidad nuevas costumbres; pero la poblacion primitiva del Canadá, de la que una gran parte ha rehusado abandonar sus guaridas, habita todavía en lo interior de los bosques. Allí, haciéndose á su manera su ventura y bienestar, invoca la cooperacion del presidente de los Es-

« les hijos, después de agradecerlos eternamente, rogarán al Gran Espíritu que derrame abundantes bendiciones sobre los blancos.

« Eh fe de lo cual, firmamos la presente á 12 de agosto de 1823.

« Firmado: GAVILAN, PEZ, ORUGA, GRULLA, ÁGUILA,
PEZ-VOLANTE, OSO, CIERVO. »

tados-Unidos, «para ser instruida en los mismos principios de «religion que profesaban sus antepasados cuando existia la mision de san Ignacio.» Y no solamente entre las tribus canadienses se vuelve á despertar este recuerdo de los tiempos pasados, que afecta en lo mas íntimo del alma á los pueblos, cuya primitiva sencillez no ha sido turbada por las revoluciones; si que tambien los católicos de la América meridional hacen oír un voto idéntico, que resuena desde la Luisiana á la Nueva-Granada. Unidos todos estos pueblos en un mismo sentimiento de gratitud y de esperanza, exigen del Instituto religioso que civilizó á sus padres, que pase á enseñar á sus hijos los deberes del cristiano y del ciudadano.

Los monarcas de Europa, que en un momento de debilidad á que siguieron tantos otros todavía mas deplorables, consumaron la ruina de la Sociedad de Jesús, rompieron con esto la cadena que enlazaba el Nuevo-Mundo con el antiguo, de quien era tributario: y á pesar de todo esto el Nuevo-Mundo, libre y republicano en la actualidad, no acepta las preocupaciones ó los odios convencionales que fermentan en Europa contra el Instituto de Ignacio. Recordando los servicios que ha prestado á este Nuevo-Mundo creado por sus afanes, llama á los Jesuitas para que continúen prestándolos idénticos en otro orden de ideas. Verdad es que todos estos pueblos, sacados de la barbarie por los misioneros, tienen intereses distintos, pasiones y miras opuestas; pero, desde la cumbre de las Montañas Berroqueñas hasta el mar de los Caribes, desde la India hasta el Paraguay, todos ellos se confunden en un mismo deseo; todos caminan contra el torrente de las revoluciones para ofrecer á la juventud y á la edad madura los guias espirituales cuya fe experimentaron sus antepasados, y de cuyo celo y ciencia tratan de aprovecharse.

CAPITULO XXXIV.

Situacion de los ánimos en Europa. — Los Jesuitas frente á los enemigos del orden social. — Propónense todos como un objeto primario la destruccion de la Compañía de Jesús. — El marqués de Pombal en Lisboa. — Su carácter. — Protégente los Jesuitas. — Domina en el ánimo del débil José I. — Sus medidas y arbitrariedad. — Consigue dominar al Monarca alarmando su apocado ánimo con quiméricos complots. — Llega por fin á comprender que para quedarse dueño del campo es preciso alejar á los Jesuitas. — Trata de emancipar al Soberano de los Padres del Instituto. — Destierro de los PP. Ballister y Fonseca. — Causas de este extrañamiento. — Monopolio administrativo. — Terremoto de Lisboa. — Valor de Pombal y de los Jesuitas. — Caridad del P. Malagrida. — Deja el Monarca sus prevenciones contra la Sociedad. — Marcha Pombal al lado de la secta enciclopédica sin estar de acuerdo con ella. — Diferencia de los planes de ambos. — Sueña Pombal establecer en Portugal una especie de religion anglicana. — Ataca á la Compañía de Jesús en sus misiones. — Tratado de comercio entre España y Portugal. — Las siete reducciones del Uruguay, y la colonia del Santo Sacramento. — Motivos de este cambio. — Las minas de oro de los Jesuitas. — Encargan ambas cortes á los Padres la mision de preparar á los neófitos á la emigracion. — Obedecen al mandato á riesgo de arruinar el cristianismo y con él su popularidad. — Acusanles de sublevadores de los indios. — Concesiones que vienen á hacerse funestas. — Compromételos su obediencia en ambos campos. — Insurrecciónanse los neófitos. — Proscripcion de los Jesuitas en el Marañon. — Son derrotados los indios á causa de su desunion. — Expulsion de los Jesuitas. — Empiézanse las investigaciones para encontrar minas de oro. — Cercióranse hasta la evidencia de que jamás han existido tales minas. — Hácese Pombal folletinista contra los Jesuitas. — Los monarcas españoles Fernando VI y Carlos III mandan quemar su obra. — Ceballos y Gutierrez de la Huerta. — Las autoridades españolas disculpan á los Jesuitas. — Hacen el elogio de las colonias del Paraguay. — La timidez de los Jesuitas alienta á Pombal. — Exige de Benedicto XIV un breve de reforma. — Este Pontífice y el cardenal Passionei. — El capuchino Norberto protegido por Passionei. — El comercio de los Jesuitas en el Paraguay y en las misiones. — Á qué se reducía este tráfico. — Apruébale Felipe V por un edicto. — Figúrasele á Pombal que los Jesuitas han declinado de su Instituto. — Pretende conducirlos á él. — Déjase violentar Benedicto XIV, y al morir firma el rescripto de visita y de reforma. — El cardenal Saldanha y Pombal. — Son echados de la corte los Jesuitas confesores del Rey y de los Infantes. — Mándanles el provincial Enriquez y el General de la Orden que guarden silencio y obedezcan. — Muerte de Benedicto XIV. — Ejerce Saldanha unos poderes caducados. — Condena